

Historia y sociedad

Elaboracion de un ensayo

MTRA. INGRID BUSTAMANTE DIAZ



PRESENTA EL ALUMNO:

Dayana yhurima mendoza gomez

GRUPO, SEMESTRE y MODALIDAD:

2° cuatrimestre grupo "A" semiescolarizado

Pichucalco, Chiapas

10-abril-2021.

INTRODUCCION

A continuacion se habla del tema historia y sociedad del giro culturalista al giro linguistico donde su objetivo es la teoria de la sociedad en los campos de estudio, tambien que la historia social fue objeto desde muy pronto de una intensa reformulación que la hizo evolucionar muy rápidamente desde el punto de vista teórico y asi mismo se habla de todo lo que tiene que ver con el tema.

Historia y teoría de la sociedad: del giro culturalista al giro lingüístico.

El objeto de este artículo es la evolución reciente de la teoría de la sociedad en el campo de los estudios históricos, es decir, las transformaciones experimentadas, durante las dos últimas décadas, por la manera en que los historiadores conciben el funcionamiento de la sociedad, explican la conciencia y las acciones de los individuos e interpretan los cambios históricos. No obstante ello, al tratar de discernir cuáles han sido las pautas esenciales de esa evolución y qué resultados ha producido, he llegado a una conclusión que, a título de mera hipótesis, me gustaría exponer aquí. De manera concreta, lo que se ha ido configurando de forma paralela a otras ciencias sociales es una nueva teoría de la sociedad, sustancialmente diferente de las existentes con anterioridad. Parece lógico, por tanto, que el tema de reflexión y de discusión que me proponga abordar aquí sea el de si esta conclusión es o no correcta, es decir, el de si realmente ha aparecido una nueva teoría de la sociedad o si lo que yo he interpretado como tal no es más que la prolongación, más o menos renovada o camuflada, de alguna de las teorías precedentes.

Como se sabe, ambas corrientes nacieron como reacción frente a un historicismo tradicional que, al fundar su teoría de la sociedad en la noción de sujeto racional, consideraba sin más a las intenciones de los individuos como la causa de sus acciones. Frente a esta historia comprensiva, descriptiva y fatalista, los historiadores sociales erigieron un nuevo paradigma teórico basado en el concepto de sociedad, es decir, en el postulado de que la conciencia de los individuos no es una creación racional y autónoma, sino el reflejo subjetivo de sus condiciones sociales de existencia. Como consecuencia de ello, el interés investigador se desplazó desde la política institucional y el ámbito de las ideas hacia los fenómenos económicos y sociales, al tiempo que los historiadores empezaron a conceptualizar la historia mediante un modelo dicotómico según el cual toda sociedad está constituida por una instancia objetiva, que ostenta la primacía causal, y por una instancia subjetiva o cultural que deriva causalmente de aquélla. Es bien sabido, también, que la historia social fue objeto desde muy pronto de una intensa reformulación que la hizo evolucionar muy rápidamente desde el punto de vista teórico. El resultado fue el surgimiento de la denominada historia sociocultural o nueva historia cultural, cuyo postulado teórico básico es que los sujetos no son meros receptores pasivos de los significados contenidos en la estructura social, sino que participan de manera activa en su desvelamiento y que, por tanto, la relación entre estructura y acción no es de determinación unívoca, sino de interacción dialéctica o mediación simbólica. Los historiadores socioculturales admiten que la realidad es objetiva y que, por tanto, los significados tienen un origen social, pero a la vez afirman que éstos no se hacen explícitos por sí mismos, sino a través de la práctica y de los esquemas culturales de percepción de los sujetos. Tal como reza la conocida fórmula thompsoniana de que no hay clase sin conciencia de clase, para que las identidades se constituyan no basta con que existan en el plano socioeconómico, sino que es preciso que se produzca, en el curso de la práctica, un acto de discernimiento mediante el cual sus miembros adquieren conciencia de los intereses que su posición social entraña y comienzan a actuar en consecuencia.

Al contrario que para la historia social clásica, los significados no se traducen en acción hasta que son subjetivamente reconocidos y apropiados. De ahí que la posición social predisponga a los individuos a actuar de una cierta manera y éstos tiendan, de hecho, a hacerlo, pero que no pueda prescribir exactamente su conducta. Especialmente de la década de 1970, esta vez desde el ser social al ser percibido, es decir, hacia la cultura. Pues, como sostienen los historiadores socioculturales, cuando analizamos las prácticas sociales en su especificidad individual o grupal, la determinación objetiva aparece refractada por la capacidad de los individuos para tomar decisiones y adoptar estrategias vitales que no son directamente inferibles de su posición social y, en general, por la capacidad de la esfera cultural para actuar sobre las condiciones socioeconómicas y forzar su modificación.

Ahora bien, por mucho que la historia sociocultural haya debilitado al casualismo social y reformulado el modelo dicotómico, jamás los abandona. La experiencia o la representación son, para ellos, el espacio social inmediato en que se inscribe la práctica, pero ambas remiten causalmente, a su vez, a la estructura social. Los sujetos de la historia sociocultural tienen libertad para moverse y diseñar estrategias vitales dentro de sus condiciones sociales, pero no para trascender éstas. De ahí que los individuos tiendan a agruparse según su origen social y que el arraigo de las ideas dependa, en última instancia, de la eficacia teórica, esto es, de su grado de correspondencia con la propia realidad.

Esta evolución interna del paradigma teórico de la historia social ha afectado tanto a la variante marxista como a la annalista y en ella se inscriben, por ejemplo, un historiador sociocultural pionero como E. P Thompson, la microhistoria, la historia de la vida cotidiana alemana o la última generación de la tradición de Annales, a la que pertenecen autores como el mencionado Roger Chartier o Bernard Lepetit. Podríamos concluir, por tanto, diciendo que, durante décadas, el debate historiográfico ha adoptado la forma de una tensión permanente entre objetivismo y subjetivismo, entre causalismo social y culturalismo, haciendo que todo debilitamiento de uno de los términos del binomio implicara, automáticamente, el fortalecimiento del otro. Lo que en dichas obras se sostiene, de manera más o menos abierta, es que para superar la insuficiencias detectadas en el modelo explicativo de la historia social no basta con reformularlo en un sentido subjetivista y, mucho menos, retornar a la vieja historia idealista, como propugna, de hecho, el denominado revisionismo, sino que sería preciso, más bien, reconsiderar en profundidad los supuestos esenciales de dicho modelo. Además, la línea divisoria que la separa de la historia sociocultural suele ser borrosa, pues generalmente ambas aparecen tan entremezcladas, formando una especie de híbrido, que no siempre resulta fácil una tendencia a la que se han sumado recientemente antiguos historiadores sociales como Gareth Stedman Jones. En otras palabras, que ese conjunto de elementos nos permitiría sentar las bases, si lo deseáramos, de una nueva teoría de la sociedad y, por tanto, de erigir una alternativa a la historia social que no sea la de un retorno revisionista a los postulados de la historia idealista. Para comenzar, insistamos en que esta nueva historia tiene su origen en las críticas a que han sido sometidos, durante los últimos años, tanto el modelo dicotómico y objetivista como, en particular, el concepto de causalidad social. Por el contrario, lo que los nuevos historiadores argumentan es que la conexión entre la conciencia de los individuos y su contexto social no sólo es más compleja, sino, sobre todo, de naturaleza completamente distinta a la supuesta durante mucho tiempo. Su objeción fundamental es que aunque entre subjetividad y condiciones sociales existe siempre un nexo, éste es meramente material o físico, nunca de determinación significativa, ni siquiera en aquellas situaciones, propias de las sociedades contemporáneas, en las que la posición social opera, de manera explícita, como referente de la identidad y es considerada por los propios agentes como el fundamento causal de sus acciones.

De ahí que los nuevos historiadores nieguen que una posición o fenómeno social implique, aunque sólo sea potencialmente, una determinada conducta y que, por tanto, existan unas conductas naturales y otras desviadas o anómalas. De manera concreta, lo que la nueva historia sostiene es que los significados que los individuos atribuyen a la realidad social, y en función de los cuales actúan, no son una cualidad intrínseca de dicha realidad ni dimanar de ella, sino que tienen una procedencia diferente y se constituyen mediante un proceso histórico completamente distinto al supuesto por la historia social. De este modo, la crisis de los conceptos de realidad objetiva y de causalidad social suscita la necesidad inmediata de formular una nueva teoría de la producción de significados, es decir, del origen de la conciencia. El punto de partida de dicha teoría es la afirmación de que, según muestra la investigación histórica reciente, la realidad social no se incorpora por sí misma a la conciencia, sino que lo hace siempre a través de su conceptualización.

Esto no implicaría, sin embargo, ninguna novedad con respecto a la historia sociocultural si no fuera porque, además, los nuevos historiadores redefinen por completo la naturaleza de las categorías mediante las cuales los individuos realizan esa conceptualización de su contexto social. Por el contrario, según la nueva historia y ésta es su premisa teórica capital el cuerpo de categorías que, en una situación histórica dada, opera como base de las acciones de los individuos y como organizador esencial de las relaciones sociales no es el reflejo subjetivo de las propiedades de una realidad social objetiva, sino que constituye una esfera social específica, con su propia lógica histórica. Dichas categorías no son ni etiquetas designativas de fenómenos sociales reales ni representaciones culturales o ideológicas del contexto social, sino que tienen un origen diferente y constituyen una variable histórica independiente que, aunque interactúa permanentemente con la realidad social, no está determinada por ella. Se basa en que, según muestra la investigación histórica, todo nuevo fenómeno social es siempre apprehendido significativamente por los individuos mediante un cuerpo de conceptos que existe con anterioridad.

Es que, además, en esa interacción entre realidad social y matriz categorial previa, es esta segunda, y no la primera, la que desempeña la función activa, es decir, la que establece las condiciones de posibilidad de los significados que los individuos otorgan a la realidad. En dicha interacción, la matriz categorial heredada impone unas reglas de significación a las que la nueva situación social ha de someterse y a través de las cuales ha de acceder, necesariamente, a la conciencia. Por el

contrario, son las categorías heredadas las que confieren su significado a la realidad social y las que, de este modo, la convierten en una entidad objetiva. La definición de los intereses de la clase obrera, el diagnóstico de su situación social, la experiencia, la conciencia y las acciones correspondientes no son simplemente una respuesta a sus condiciones de vida y laborales, sino el resultado de la articulación de éstas mediante categorías como derechos, trabajo, propiedad, libertad, igualdad, clase, progreso, sociedad, emancipación racional, revolución o incluso historia universal.

Según Baker, a medida que ha ido declinando la capacidad explicativa del causalismo social, se ha hecho necesario prestar más atención a las categorías heredadas del Antiguo Régimen, pues éstas son la matriz en que se forjaron los intereses, las identidades, los acontecimientos revolucionarios y la alternativa política, legal e institucional implementada en 1789. Y ello incluso aunque, como él señala, muchos de los nuevos conceptos hayan nacido de la negación de los precedentes y que el nuevo orden social y político haya sido erigido a partir del contraste con el Antiguo Régimen. Pero el hecho de que sean las categorías heredadas las que doten de significado a una realidad social siempre cambiante, siempre nueva, explica también la génesis de las propias categorías. Y es que si, en efecto, toda nueva situación social es conceptualizada mediante un patrón categorial previo, entonces las nuevas categorías surgidas de esa conceptualización están causalmente enraizadas en dicho patrón categorial, y no, como sostendría la historia social sociocultural, en el referente real al que están asociadas. También en este caso podría decirse, por tanto, que los conceptos propios de una determinada situación social no emanan directamente de ella, sino que son el resultado de su interacción, en los términos ya descritos, con el sistema conceptual vigente con anterioridad. Esta es la razón, precisamente, por la que se puede afirmar que los conceptos fundantes de la práctica social constituyen una esfera social específica y, en particular, que poseen su propia lógica histórica, pues dichos conceptos son eslabones de una cadena conceptual que nunca se rompe. Lo que la nueva historia sostiene, en suma por decirlo en una terminología más en sintonía con el debate actual, es que para analizar y dar cuenta de los procesos sociales es necesario adoptar un nuevo concepto de lenguaje. El lenguaje, como gusta repetir a Joan W. Permítasenos recordar brevemente, en este punto, que la investigación histórica sólo había operado hasta ahora con la acepción de lenguaje como medio de comunicación. Para el historicismo tradicional, al basarse en la noción de sujeto racional o intencional, el lenguaje es un medio de expresión del pensamiento y el instrumento mediante el cual dichos sujetos despliegan su acción en el mundo. Para la historia materialista, el lenguaje es también un medio de expresión, pero del contexto social, y, por tanto, es el medio a través del cual dicho contexto se traduce en subjetividad y se proyecta en acción. Para designar esta esfera social específica que es el lenguaje cuando opera como patrón de significado los historiadores han acuñado o adoptado, en los últimos años, conceptos como los de discurso, meta narrativa o, simplemente, matriz, cuerpo o marco categorial o conceptual.

Lo que tales conceptos tratan de captar es el hecho de que los individuos viven y experimentan su mundo y los cambios del contexto social siempre desde el interior de un marco conceptual que no pueden trascender ni manejar a voluntad y mediante el cual han de configurar, necesariamente, su conciencia e identidad y organizar su práctica. Es decir, el hecho de que, en toda situación histórica, existe un conjunto coherente de categorías que, al mediar entre la realidad y los individuos, es el que convierte a éstos en sujetos y a los hechos reales en objetos y que, en consecuencia, es el ámbito en que se forjan las relaciones sociales. De ahí que la formulación de este nuevo concepto de lenguaje constituya, sin duda, una de las novedades más importantes y de mayor trascendencia historiográfica de las dos últimas décadas. Y ello porque si realmente las categorías que subyacen a la práctica social son un patrón de significado de naturaleza específica, entonces tendríamos que reconsiderar por completo nuestra concepción de la historia y asentar el análisis social sobre bases teóricas enteramente nuevas.

Para empezar, tendríamos que prescindir del dualismo convencional entre objetividad y subjetividad, estructura y acción o sociedad e individuo e introducir una tercera instancia social. Por lo que a la objetividad respecta, la ruptura fundamental que entraña la teoría de la sociedad de la nueva historia es que ésta deja de ser considerada como un atributo que los hechos reales y sociales poseen y pasa a considerarse como una cualidad que éstos adquieren al ser dotados de significado por una determinada matriz discursiva. Desde este nuevo punto de vista, la realidad social no es ya una entidad objetiva, sino simplemente un conglomerado de hechos sin significado propio y por consiguiente, sin capacidad para determinar el comportamiento de los individuos. De hecho, la principal insuficiencia de la teoría de la sociedad de la historia social-sociocultural radicaría según los nuevos historiadores en que da por supuesto que el constreñimiento que el contexto social

ejerce sobre los individuos es de carácter estructural y que, por tanto, las condiciones sociales prescriben, dictan o condicionan, en alguna medida, las conductas significativas de esos individuos.

Es en este sentido en el que la nueva historia afirma que la realidad social es una construcción lingüística o discursiva. El discurso no construye, obviamente, a la realidad social en sí, pero sí a la realidad social en tanto que entidad significativa u objetiva. Tomemos un ejemplo sencillo, el de la relación entre subordinación social y opresión. Por eso las relaciones de subordinación sólo se convierten en relaciones de opresión y generan la correspondiente práctica social cuando un determinado cuerpo categorial articula como opresión las desigualdades sociales, políticas, sexuales, raciales o de cualquier otro tipo.

Según ella, el feminismo no surgió simplemente porque las mujeres ocuparan una posición social subordinada, sino como resultado de la aparición de las categorías del discurso moderno y de la consiguiente creación de un marco conceptual que permitió pensar dicha subordinación de las mujeres en términos de opresión, de desigualdad o de diferencia y emprender, por tanto, la correspondiente lucha por la igualdad o la emancipación, este ejemplo ha sido tomado de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy*.

De lo que se sigue algo de enorme trascendencia historiográfica, a saber, que dicha esfera ha operado, en las sociedades contemporáneas, como base de la identidad y, en consecuencia, como causa de las acciones no porque posea intrínsecamente esa capacidad, sino porque ésta le ha sido conferida por el patrón discursivo vigente y, en particular, por categorías como las de sociedad o estructura social. Esta es la razón por la que, para la nueva historia, la relación entre la posición social y las acciones no es una relación causal o natural, en el sentido de que la segunda sea un efecto de la primera, sino que es una relación histórica y significativamente construida. La teoría de la sociedad de la nueva historia entraña, por consiguiente, un nuevo concepto de sujeto, diferente tanto del sujeto racional de la historia idealista como del sujeto social de la historia materialista. Identidad y subjetividad serían, más bien, el resultado de la mediación lingüística entre los individuos y su contexto social.

Lo que ello quiere decir es que la forma en que los individuos se conciben a sí mismos como sujetos, se atribuyen un papel social y dan sentido a sus acciones depende de las categorías discursivas que, en cada momento, utilizan. Es esta circunstancia, precisamente, la que lleva a la nueva historia a afirmar que el vínculo entre conciencia y realidad social no sólo es más complejo sino, sobre todo, de síntoma del discurso moderno-liberal que lo produjo y de su contradicción conceptual entre la proclamación de derechos y su no reconocimiento práctico, con la consiguiente exclusión política de las mujeres. Lo que ello significa es que la identidad no es un atributo social que el lenguaje designa y transmite, sino un atributo que se constituye como tal, en el sentido indicado, dentro del propio lenguaje. Es por eso que, a partir de ahora, la mera constatación de que, en una situación histórica dada, existe un nexo entre una identidad y un determinado referente social es un ejercicio puramente empírico y descriptivo, sin valor explicativo alguno.

Somers, si los procesos sociales sólo son inteligibles en el contexto de la mediación discursiva, entonces hemos de dejar de imputar a las personas determinados intereses por el simple hecho de pertenecer a una cierta categoría social. Es obvio que sin la existencia de clases no hubiera podido surgir la identidad de clase con sus consiguientes efectos sobre la práctica social, pero dicha existencia no es suficiente para que la identidad de clase aparezca. Para que esto último ocurriera fue necesaria, además, la intervención de un cuerpo categorial que, constituido por conceptos como los de sociedad, trabajo o explotación, objetivó a la clase social y a la división clasista como fundamentos de los intereses y de la identidad y convirtió a sus miembros, consiguientemente, en sujetos históricos. Según él, dicho movimiento no puede interpretarse como una expresión, en el plano consciente, de un grupo social preexistente, la denominada *sansculotterie*, y, en particular, como una respuesta a la situación de escasez y carestía de alimentos y de crisis económica.

De este modo, la reconsideración crítica del modelo explicativo de la historia social ha desembocado, finalmente, en la formulación de un nuevo concepto de acción. De ahí que los historiadores deban dejar de explicar las acciones como una función de la posición social, incluso en aquellos casos en que ésta aparece como una motivación explícita. Es dicha mediación discursiva la que, al dotar de significado al contexto social y al poner a las personas en conexión significativa con él, genera las creencias, intenciones, sentimientos, pasiones, aspiraciones, esperanzas, frustraciones o expectativas que motivan, subyacen, acompañan, justifican o hacen inteligibles las acciones que esas personas emprenden, desde las más cotidianas y rutinarias hasta las más complejas e intelectualmente elaboradas. Expresado en términos algo más técnicos,

diríamos, por tanto, que, en este punto, la premisa teórica central de la nueva historia es que las acciones de los individuos remiten causalmente a la mediación discursiva y no, como creía la historia social-sociocultural, al referente real. No fueron respuestas a los cambios sociales provocados por la industrialización o a la denominada proletarización, sino, más bien, el fruto de la articulación de dichos cambios mediante categorías como las de derechos naturales. De este modo, podríamos concluir que el discurso no sólo realiza una construcción significativa de la realidad social, sino también una construcción efectiva, pues se proyecta continuamente en práctica y, consiguientemente, se encarna en relaciones e instituciones sociales. Y así, por ejemplo, en el caso de la sociedad contemporánea, su organización de la Miguel Ángel Cabrera Acosta Margaret R. Elementos que son, al mismo tiempo, algunos de los extremos en que han sido reconsiderados los supuestos teóricos del paradigma de la historia social, así como de la historia tradicional. Como se ve, la reorientación teórica en curso ha consistido, esencialmente, en una desviación del eje de la discusión desde la cuestión de la forma en que se relacionan la realidad y la conciencia a la cuestión de la naturaleza de dicha relación o si, por el contrario, nos encontramos ante una versión, conceptualmente más sofisticada, de la nueva historia cultural o, simplemente, ante el viaje revisionista de retorno a los añejos dominios de la historia idealista emprendido por algunos historiadores desengañados. Por supuesto, algunos de los nuevos historiadores han insistido en que su concepción de la sociedad no es, en modo alguno, una mera inversión subjetivista del modelo dicotómico, sino que implica, por el contrario, no sólo un abandono de éste sino su sustitución por un marco teórico diferente. Scott, este nuevo tipo de historia no es el reverso de la historia social, pues ha abandonado toda «oposición entre determinación objetiva y sus efectos subjetivos». Como hemos mostrado, en lo que consiste realmente la actual reorientación de los estudios históricos y sociales es, parafraseando a John E. en todo caso, si la mutación teórica descrita aquí es sólo una arremetida idealista más contra la historia materialista, entonces es evidente que no entraña novedad alguna y que su contribución a la renovación de los estudios históricos sería escasa o nula. Pero si, por el contrario, estuviéramos asistiendo a una auténtica ruptura teórica, entonces no cabe duda que la actitud adecuada debería ser la de aprestarnos a calibrar la pertinencia, la solidez y las implicaciones de los argumentos de la nueva historia y la de asumir la necesidad de revisar los resultados de la investigación histórica anterior y de reescribir, si fuera necesario, la historia, en un sentido similar a como ya lo hicieron, en su momento, los historiadores sociales cuando reaccionaron críticamente contra el historicismo.

CONCLUSION

Resumiendo hasta aquí hemos visto lo que han aportado algunas de las más conocidas teorías y autores. Aportaciones tanto de carácter económico, como de orden sociológico o filosófico, sobre la nueva sociedad. Todos los autores han coincidido en que se trata de una sociedad que ha superado la configuración y características básicas de la anterior sociedad industrial: Esta sociedad tiene como principal base de su organización y riqueza el conocimiento. A partir de este punto haremos una reinterpretación de lo que dicen, tratando de fundir lo que hay de común en los rasgos y características de esta nueva sociedad, tal como ellos lo interpretan, con una particular visión sobre lo que nuestro enfoque de carácter interdisciplinar y singular puede aportar. Haciendo especial énfasis en las repercusiones que puede tener en la organización de la formación.